



SE PUBLICA
UN CUADERNO SEMANAL.

PRECIO:
UN REAL al recibir el número.

J. CASTRO, EDITOR PROPIETARIO.

DIRECTOR
ENRIQUE RODRIGUEZ-SOLIS,

CON LA COLABORACION
DE LOS PUBLICISTAS MÁS DISTINGUIDOS DEL PARTIDO.

Administración: Tabernillas, 8.—Madrid.

CADA TRIMESTRE
SE REGALARÁ
UN ELEGANTE TOMO
DE UNA OBRA NUEVA
de reconocida importancia y utilidad.

AÑO II.

MADRID 9 DE AGOSTO DE 1872.

NÚM. 28.

SUMARIO.

TEXTO.—Asociaciones obreras, por F. Pi y Margall.—A el Tajo, por Roque Bécia.—El Renacimiento, por Ángel Guanyo.—Extinción de los Almogátores, por Ulpiano Verges.—Dos mártires, por José Estrada.—Apuntes históricos sobre las Siete Partidas de D. Alfonso el Sabio, por Juan de D. Soler.—Estudios prehistóricos, por Mariano Llorca.—Cuentos populares, por F. Escas y García.—Juramento de D. Fernando IV en las Cortes de Valladolid.—Historia general, por J. Rodríguez-Solís.—Féris en América.
CRABADOS.—Vista de la iglesia del Pilar, en Zaragoza.—Juramento de D. Fernando IV en las Cortes de Valladolid.—Vista de la ciudad de Nápoles.—Tipos de Madrid.

ASOCIACIONES OBRERAS.

Las asociaciones jornaleras, lejos de ser, como creen muchos, una causa permanente de anarquía, organizan la lucha entre el capital y el trabajo, y la hacen menos sangrienta. Donde no las hay y sobran los brazos son frecuentes las coaliciones tumultuosas, no poco ocasionadas a peligros.

Organizadas las asociaciones por artes y oficios, solo los directores entienden en las cuestiones de salarios. Cuando la baja está realmente motivada por causas generales ú otras que afecten de una manera especial un ramo de la industria, los directores consideran temeraria toda resistencia y transigen ó ceden. Cuando la baja procede solo de la voluntad de capitalistas que desean provocar á costa del obrero la ruina de sus rivales y

aprovechar el exceso de brazos, retiran de los talleres á sus asociados y logran en días, sin necesidad de desórdenes ni de alarmas, hacer capitular á sus adversarios. Las más de las veces no tienen ni necesidad de dar este paso: basta que no se manifiesten dispuestos á ceder para que el capital acepte sus justas condiciones.

Se alegrarán los serios conflictos individuales ocurridos en Cataluña en 1858, cuando las asociaciones estaban en más vigor y se extendían como una red por todos los centros manufactureros; mas conviene advertir que fueron siempre debidos á imprudentes medidas de las autoridades militares, que apoyaban ideas descabelladas y perturbaban los ánimos y envenaban los ódios. Por cada conflicto que no pudo impedirse se evitaron además otros ciento. Los salarios llegaron á normalizarse; algunas juntas directivas redactaron detalladas tarifas, que, al decir de los mismos fabricantes, revelaban un profundo estudio y no escasos conocimientos.

Se atribuye también á las asociaciones una larga serie de disturbios políticos. En ellas, se dice, ha encontrado la revolución sus mejores elementos y reclutado sus formidables huestes. Como si las insurrecciones más violentas y de más trascendencia que hemos conocido perteneciesen á una época en que ó no existían las asociaciones, ó estaban naciendo. Las asociaciones, lejos de favorecer la idea revolucionaria, le han quitado armas. Han llamado vivamente la atención de los jorna-

leros sobre las cuestiones sociales é inspirádoles indiferencia por las políticas. La democracia los ha hallado durante mucho tiempo impasibles: no ha logrado moverlos sino agitando esa misma bandera de la asociación en que tenían puesta su esperanza. Manifiestan hoy interés por la realización de nuestros principios, pero atribuyéndolo sobre todo á que los gobiernos de los partidos medios les han hecho comprender mucho mejor que nuestras más ardientes palabras la necesidad de conquistar los derechos políticos antes de resolver los problemas relativos al trabajo.

Las asociaciones no solo no merecen ser temidas; contienen el gérmen de saludables reformas en la personalidad del Estado. Unidas entre sí y centralizadas en un gran comité directivo, podrían ir absorbiendo lentamente todas las funciones que ejerce el gobierno con relación á los intereses industriales. A ejemplo de los jornaleros, no sería difícil que se asociasen las demás clases. La *materia* administrativa iría naturalmente desparramándose y perdiéndose en el seno de tan vasto organismo. La administración descansaría sobre una ancha base económica.

Ven aun pocos la revolución contenida en el principio de las asociaciones jornaleras. No es de extrañar que muchos las den tan escasa importancia. Las asociaciones, se escribe á menudo, no sirven ni para contener la baja de los salarios. No servirían indudablemente para contenerla en absoluto, si no reuniesen todos sus esfuerzos, ni tratasen de equilibrar los diversos ramos industriales; ¿habrían, empero, de tardar en elevarse á la altura de su misión apenas se reconocieran impotentes para contrarrestar los efectos de las nuevas máquinas, de la crisis y aun de la misma división de trabajo? Hay que observar, por otra parte, que las bajas de los salarios proceden no pocas veces del aislamiento en que viven las clases trabajadoras. Alega el capital pretextos especiosos, sorprende la buena fé de los obreros, explota las tristes condiciones en que viven y los obliga á aceptar la baja. Si los brazos no sobran, volverán más ó menos tarde los salarios á declararse en alza; ¿quién, en tanto, resarce al jornalero los perjuicios que la baja le ocasiona? Ya que no la contenerla, pueden por lo menos retardarla las asociaciones. ¿Ignora acaso nadie que conoce las luchas de la industria, los mil medios á que apela el capital para cargar sobre el trabajador todos sus quebrantos y rebajar los salarios aun con el solo objeto de aumentar sus beneficios? Obra el capital sobre el obrero como *in anima viti*; solo asociándose puede el obrero hacer respetar su personalidad y su derecho.

Grave, muy grave, es la cuestión que nos ocupa. No basta impedir que el individuo acapare ni reducir los tributos para matar la cuestión de los salarios; es indispensable que el Estado absorba y concentre en sí todas las funciones sociales; realice el derecho al trabajo y á la existencia; estudie constantemente las relaciones entre la producción y el consumo; busque un escudo contra las grandes y las pequeñas crisis; se reserve el derecho de autorizar la introducción de nuevas máquinas y procedimientos; intervenga en todas las evoluciones y pasos de la industria. ¿Puede hacerlo el Estado?

La cuestión de los salarios es toda la cuestión social.

Se engañan muchos si creen que la cuestión social lo es solo para el liberalismo. La cuestión social está sobre todas las cuestiones, sobre todos los principios políticos, sobre todas las escuelas. Es el enigma de nuestros días; enigma aun indecifrabile, lo mismo para la religión que para la filosofía, lo mismo para la libertad que para el absolutismo. Sabemos ya cuál es la esfinge; estamos lejos de saber quién será el Edipo.

F. PI Y MARGALL.

A EL TAJO.

(Desde los montes de la otra banda del río.)

(Continuación.)

VII.

Se extienden las tinieblas pavorosas,
Alumbra las estrellas amarillas,
Y tus aguas se arrastran silenciosas
En medio de estas santas maravillas.

Pasa de Abril el aura bonancible,
Y pasan con su nieve los inviernos,
Y del tiempo en la atmósfera movable
Gira un instante en círculos eternos.

Y el pensamiento humano no enviece,
Ni enferma el aire que sin alas flota,
Ni se mengua el calor, ni el cielo crece,
Ni la tierra se va, ni el mar se agota.

Ni pierde el arenal un grano solo,
Ni un átomo de luz la luz primera,
Ni su sabio gobierno pierde el polo,
Ni pierde el orbe su redonda esfera.

Ni pasas tú, corriente combatida;
Tú, que viste humear el caos profundo;
Tú, que miraste amanecer la vida
En las mañanas vírgenes del mundo.

Ni pasas tú, fanal resplandeciente
Que más allá del polo se columbra;
No pasas tú, Dios grande, Dios potente,
Alma del alma que mi frente alumbra.

¡Dios, fuente inmensa de esperanza y vida,
¡Dios! que estás más allá del Océano,
¡No es verdad que en tu espíritu esculpida
Diste tu eternidad al sér humano?

¡No es verdad que sujeta al azul velo
Donde acaba el espacio cristalino,
Será eterna la luz en ese cielo
Que tú mantienes con tu imán divino?

Sépulcro, abismo, cavidad profunda,
Todo revive en eternal pasaje:
Sombra, caos, vision, todo lo inunda
De tu infinito mar el oleaje.

Y miro con amor la yerba seca,
Y miro con amor el ave inermec,
Y miro con amor la entraña hueca
De ese peñasco que en las playas duerme.

¡Amor! murmura sonoro el viento;
¡Amor! repite la fragosa sierra;
¡Amor! pregona el alto firmamento;
¡Amor universal! clama la tierra.

VIII.

¡Mas no mudarán nunca tus caminos
Do la bruma te sirve de diadema?

¡Ah, quién sabe, raudales cristalinos,
Lo que teneis que ver en hora extrema!

Acaso esa montaña conmovida
Ruede sobre tus ondas inflamada,
Por fuego del abismo suspendida,
Por fuego del abismo devorada.

Y quizá un día (aunque no sepa cuándo)
Entre torrentes de materia informe,
Nade sobre tus aguas chispeando
De hondo volcán la catarata enorme.

Y acaso esa ciudad, raro portento,
A eterna perdición la frente inclina,
Y tus hondas, en curso macilento,
Besarán sollozando su ruina.

La luna en tanto alumbrará serena,
Rodará nuestro globo en el vacío,
Y al mar que bate la vecina arena
Mi canto llevarás, sonoro río.

IX.

Escúchala ¡oh Tajo! estas querellas mías,
Tú que arrullabas mi infantil anhelo,
Cuando en otras arenas... y otros días
Un amor concebí que sabe el cielo.

En tu orilla sólo mi desvarío
Una mujer que el alma me consuela,
Es que me enseñó a soñar ¡oh hermoso río!
Para hallar la mujer que el alma anhela.

A tus frescas riberas ir solía,
En tus blancas arenas me acostaba,
Y en tus blancas arenas escribía
Los dulces sueños que mi amor forjaba.

Y allí canté... (cantar era mi gloria
Oyendo tu corriente adornada),
Allí canté... ¿por qué tengo memoria?
Allí canté... ¿por qué pasa la vida?

Allí canté bajo ciprés callado
De una alba frente el virginal desierto,
Y un tímido mirar enamorado,
Que tímido ha de ser para ser bello.

Y allí, durmiendo sin estar dormido,
Una aparición vi, forma no humana,
Yo no sé si color, aire o ruido,
Eco triste de música lejana.

Y no sé qué figura vi dormida
Que la frente me quema con su aliento,
Sombra confusa de mujer querida,
Vago suspiro que se lleva el viento.

¡Ay! en aquellas noches encantadas,
Tú, loco corazón, ya presentías
El júbilo de dichas esperadas
Y el dolor de pasadas alegrías.

Y hoy lloro por el bien que no he probado,
Y lloro por el bien que ya he sentido:
¿Por qué vi entonces tanto bien soñado
Para ver luego tanto bien perdido?

Mira, río Tajo, mi aflicción extrema,
Tú que viste otro tiempo mi ventura,
Y apague el fuego que mis sienes quema
El fresco aliento de tu brisa pura.

Y tú, mi último amor, virgen sagrada,
Consuelo y gloria de las penas mías,
No me niegues por Dios ¡oh arpa adorada!
Tu dulce regalada melodía.

ROQUE BANGIA.

(Se continuará.)

EL RENACIMIENTO.

Existe en la historia de todos los pueblos, así como en la vida de todos los hombres, cierto y determinado período decisivo, mensajero de futuros destinos y grandezas, ó precursor ostensible de nuevos é inesperados, pero naturales desenvolvimientos y trasformaciones.

La historia de un hombre cualquiera no es más que el abreviado compendio de la historia del mundo; una larga y progresiva serie de errores y decepciones, de luchas y borrascas, de preocupaciones y de dudas. Sin embargo, hay un límite, una época, un período, fugaz siempre, pero decisivo algunas veces, en el cual parece como que, impulsado por un secreto instinto y obediente á un misterioso imperio, se vigoriza la indolencia y se resucita el espíritu y la materia unidos bajo una misma fórmula, para una nueva vida, para una radical y completa trasformación en la existencia.

Esto mismo parecía sucederle al universo cuando los últimos restos del despotismo de los Césares acababan de sepultarse bajo los escombros de la ciudad prostituta, ante el formidable grito de guerra de las invencibles legiones que acaudillara Atila desde las más heladas campiñas del Céucaso hasta las más pintorescas riberas del Tiber.

Todo parecía próximo á exhalar de nuevo el último suspiro: los pueblos y las razas parecían dispuestos á desplomarse agonizantes y vencidos á los pies del último basamento de la columna de Trajano. Nada viril, nada espontáneo hacia concebir una esperanza en medio de aquel insondable caos de ruinas y de sangre.

No obstante, el mundo hizo un violento esfuerzo cuando sus estravíos más próximos le habían lanzado sobre la escarpada pendiente de un abismo, en cuyo tenebroso y terrible fondo parecían, cual lava ardiente de un tempestuoso volcán, bullir, serpentear y enroscarse entre sí todas las miserias, todas las pasiones que desde el árbol del bien y del mal hasta entonces habíanse disputado la autonomía universal.

Bajo este ensangrentado prisma empezó ese período viril y fuerte de la juventud del mundo, que la historia consagró con el nombre de *Renacimiento*.

El convulso é indefinido período del Renacimiento es el verdadero siglo de oro de las artes representativas; es el período de fuerza y virilidad del hombre y del mundo; el mútuo consorcio, el fraternal abrazo de la tosca y aguzada lanza del soldado virilizado con el fecundo y flexible cincel del ideal y poético artista de tez bronceada y albo alquicel morisco.

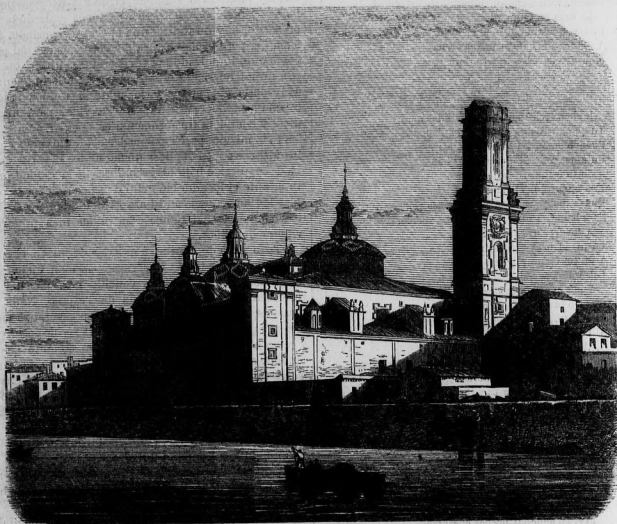
El arraigado y profundo espíritu religioso, emblema característico de aquellas aventureras generaciones de soldados, sacerdotes y poetas, compendíase en todas sus visibles manifestaciones, desde la poderosa inspiración del génio, hasta el tiránico y despótico conjunto de los caprichos, sancionados en leyes por algún intrépido y ambicioso conquistador.

El arte, durante ese magnífico período histórico que ha pasado á nuestros días con el nombre del *Renacimiento*, adquirió una munificencia y preponderancia fabulosa.

Nada hay más bello, impresionable y fascinador aun para nuestro ánimo que una de aquellas ciclopeas crujías que aun existen en nuestras suntuosas catedrales de la Edad Media, donde la luz se trasparenta, transforma y adquiere doble encanto al través de sus ojivas ventanas, en cuyos pintados vidrios el génio y la inspiracion del artista parece haber trazado con mano maestra un mundo desconocido de éspiritus inmatériaes, de incomprensible é impalpable forma; pero que, palpitan, se enlazan y encadenan en satánica danza,

sobre un disco deslumbrador y centelleante, de celestiales reflejos de oro y púrpura.

Aquellas sombrías bóvedas, tan sombrías y unidas como la inspiracion que las concibiera, bóvedas en que la piedra parece haber adquirido al través de la historia y de los siglos una fisonomía grosera y salvaje, pero sentimental y poética, como la primer concepcion del alma de un artista, cual el primer sueño ideal del espíritu de un poeta, siglo tras siglo, generacion tras generacion, raza tras raza, conservan íntegro y puro



VISTA DE LA IGLESIA DEL PILAR (ZARAGOZA, 1864).

aun aquel fecundo sello, recopilacion de todas las estéticas y todas las escuelas que presidió en aquellos pasados tiempos de hierro y sangre, la mayor parte de las espontáneas y libres manifestaciones de la inteligencia.

El espíritu religioso, mejor dicho, la poesia de la creencia en un sér infinito, imaterial, incomprensible, sér velado por el manto de todos los misterios, sér terrible en el Sinal de sus iras, y bondadoso, y hasta héroe ideal de todas las grandezas en el Gólgota de sus sacrificios, era entonces la constante meta que encarnaba todos los esplendentes delirios y fantásticos ensueños del artista.

Ved si no aquellas *madonnas* de semblantes trasfigu-

rados, emblema del amor y la poesia, del sufrimiento y la ternura, en cuyas albas y mórbidas frentes parecia transparentarse un pensamiento celestial y sobrehumano, en cuyos bellos ojos, semi-velados por la más tierna de las expresiones, se escapaba una mirada fulgúrea, y en la cual el pincel del artista habia arrancado al dombro azul de los espacios etéreos un rayo de luz, un destello de poesia y algo infinito, algo indescifrable, para lo cual no encuentra expresion la pluma ni concepto el pensamiento.

Oíd la melancólica armonía del órgano y los cantos religiosos; ved el humo del incienso del sacerdote, que en perfumadas y graciosas espirales se eleva y desapa-

rece en la sombría penumbra del ara del sacrificio; armonía celeste y grandiosa, en cuyas notas metálicas, ora lánguidas, ora bruscas y misteriosas, parece definirse lo inmaterial de lo desconocido; poesía, belleza, armonía, luz y sombra que exalta el espíritu, que entusiasma á la naturaleza, pero que enmudece á la razón, y que no contribuye á llenar el vacío que siente el alma del hombre, que al dirigir su vista sobre la suma de todas estas grandezas, siente que su ideal religioso, que la fe y que la conciencia se apartan repulsivamente de aquellas profanas y mitológicas galas con que la naturaleza, la sociedad, y el mundo pretenden disfrazar y revestir el emblema increado, la personificación indefinida de la fuente natural de donde todas las poesías y todas las grandezas parten para fecundizar el mundo y regenerar al hombre.

Hay algo que extravía el pensamiento, que disloca la inteligencia y que enmudece la razón en todos estos portentosos alcázares de la soberbia humana.

Y es que el *Renacimiento*, como todos aquellos períodos en que el mundo santifica sus épocas históricas é impulsa á las futuras generaciones, bajo una nueva égida de descentralización artística, necesita girar sobre una órbita imperfecta, confundirse en todos sus problemas, salvar los límites de su comun existencia, lanzarse en el vacío de sus propios excelsismos, vacilar entre sus preocupaciones y sus errores, y, finalmente, imprimir en todas las condiciones inherentes á su vitalidad ese sello de salvaje independencia, de marciales y aventureros instintos, que creaba pueblos y razas sobre el informe montón de ruinas de otras razas y otros pueblos.

Del conjunto espontáneo y natural de todos estos antagonismos, de estas épicas luchas y de estos choques tempestuosos y gigantescos, el artista rescataba el Arte, y el Arte emancipaba más tarde al artista.

El nuevo *Génesis* de las ideas, el código natural, el Evangelio humano de todos los derechos añadía una frase más escrita á sus indestructibles páginas, por cada cornisa afligranada, por cada valiente arista, por cada rasgo atrevido que en la informe masa de granito, entre confusos torbellinos de polvo y fuego, hacía brotar el cincel ó el buril del hombre.

Miguel Ángel trazaba sobre las piedras frías del cortosano alcázar de los Pontífices los primeros destellos con que el crepúsculo de la futura aurora de Dios, del mundo y del hombre se preconizaban.

El grosero materialismo de los Papas, el fanatismo rutinario de los soberanos de la conciencia, á semejanza del espectro glorioso del rey Memphis, se empuquecía y degeneraba bajo el portentoso emblema de aquella gigantesca catacumba, destinada á conservar sus restos cadavéricos lejos del mundo, pero más visibles en toda la extensión de su miseria cuanto más deslumbrante y bello fuese su sudario de oro.

Durante el fecundo período del *Renacimiento* parece como que el mundo quería engalanarse y revestirse con todas las grandezas del génio y la poesía, para encontrarse más tarde preparado á recibir en un digno templo al espíritu precursor de la emancipación de las conciencias y de los pueblos.

Era el último esfuerzo del idealismo sobre lo mate-

rial, esfuerzo que alcanzó su noble y justa santificación ante la historia.

A la caída del imperio romano el cristianismo anunció una nueva época; en ella fijaron sus esperanzas todos los espíritus independientes y rectos, en demanda justa de su propia y radical regeneración; pero el cristianismo, tímido y avergonzado tal vez de lo mísero de su origen, en vez de acadular bajo su ensangrentado lábaro á la inmensa colectividad del mundo esclavo, apeló al arte, y se refugió bajo el dorado y maravilloso manto de sus inmortales concepciones, dando tortura al génio, y valiéndose del génio para forjar nuevas cadenas á la humanidad y al mundo.

No debe tampoco atribuírsele toda la gloria del Renacimiento á la nueva idea que conmoviera al universo; era que el mundo y el hombre, fatigados de combatir y luchar consigo mismos, sentían la necesidad de dar una corta tregua á sus esfuerzos; era que el mundo y el hombre necesitaban ser lo que hasta entonces no habían llegado á ser de un modo directo; esto es, *artistas*.

Tregua fue esta que, poniendo en fructífera circulación todos los elementos de la inteligencia, inició tras el natural *Renacimiento* de la expresión estética de la inteligencia humana, el futuro despertar del hombre... el *renacimiento* del porvenir de la conciencia libre.

ANGEL GAMAYO.

EXTINCION DE LOS ALMOGÓBARES.

PARTE SEGUNDA.

VENGANZA CATALANA.

(Continuación.)

La muerte de Roger de Flor fué la señal de exterminio lanzada contra los catalanes y aragoneses en todas las ciudades del imperio. Sorprendidos por los griegos, fueron degollados inhumanamente, llegando á tal extremo el ansia de concluir con ellos, que en muchas partes fueron víctimas del furor popular los hijos del país que tenían algun parentesco ó relación con los mismos. En Constantinopla llegó el frenesí á tal extremo, que el pueblo quemó la casa del suegro del almirante, Fernando Alonso, pereciendo este en ella con toda la familia, sin que Andrónico tratara de impedirlo, creyendo sin duda con tales crímenes quedar libre de sus temidos auxiliares.

¡Ilusión engañosa! Aun no había conocido el carácter español, á quien los golpes irritan en vez de abatirle, y las posiciones desesperadas reaniman su vigor é inflaman su entusiasmo en lugar de anonadarse. Era preciso que lo aprendiera á su costa, y lo aprendió cumplidamente.

Los almogóbares de Galipoli oyeron algunos gritos de muerte de sus compañeros en los alrededores de la plaza, ó notaron movimiento en los pueblos vecinos, ó tuvieron un presentimiento de la horrible tempestad que contra ellos se desencadenaba, y se pusieron en armas, impidiendo con esto la sorpresa de la plaza y el completo exterminio del ejército.

La inquietud y el sobresalto reinaban en Galipoli, cuando algunos fugitivos llegaron á ella y dieron noticia de la muerte de Roger y la traición de que habían sido víctimas. La indignación no dió lugar al estupor, é instantáneamente los almogóbares se arrojaron sobre los vecinos de la población, pasándolos todos á cuchillo, en represalia de la muerte de Roger y sus compañeros. Ébrios de un coraje harto justificado, su venganza fué terrible como la del león herido, pero también noble como de españoles, pues en medio del horror y de las lágrimas que por todas partes les circundaban, en medio de la fuerza que sobre ellos venía, tinta en sangre catalana y ansiosa de no dejar un solo catalán en territorio griego, tuvieron la suficiente dignidad para mandar embajadores á Andrónico, despidiéndose de su servicio, y retándole para que sus vasallos combatieran contra los almogóbares en proporción de diez contra uno. ¡Retó audaz, pero que la experiencia de cien combates demostró cuán cumplidamente podían llevarle á cabo los retadores!

Y para no interrumpir el relato de los sucesos en adelante, diremos que los embajadores llegaron á Constantinopla: que Andrónico ni aun se atrevió á molestarlos mientras estuvieron en ella; pero que los griegos les asesinaron inhumanamente á su vuelta en Rodesta, llevándolos vivos á las carnicerías, donde, según el padre Abarca, les hicieron cuartos y les repartieron entre los vecinos para que se gozasen con tan repugnante espectáculo.

El ejército de Miguel, en número de 30.000 infantes y 14.000 caballos, se aproxima á Galipoli: esta plaza no se hallaba en estado de defensa, y los catalanes improvisaron algunas ligeras fortificaciones en los arrabales para contener la primera embestida de los griegos: ejecutadas, refírese consejo de capitanes, y Berenguer de Etenza propone que se talen las costas para dividir las fuerzas enemigas haciéndolas acudir á su socorro: Bernaldo ó Berenger Rocafort, que ambos nombres le aplican diferentes crónicas, opina porque no se dividan las fuerzas con expediciones de este género, y que se empleen todas en defender la plaza y arrollar al enemigo que estaba ante ella. El consejo sigue este dictamen; pero Berenguer, poderoso en la escuadra y en gran parte del ejército por su nobleza solariega, sus riquezas y el afecto y estimación que todos le profesaban, hizo inútil el acuerdo proclamando la expedición. Por otra parte, esta tenía mayores probabilidades de éxito por la llegada del infante D. Sancho, hijo de D. Fadrique de Sicilia, á Metellin con diez galeras.

Los almogóbares le nombran general del ejército, le rinden pleito homenaje declarándose vasallos de don Fadrique: acepta él estos honores; fomenta la expedición de Etenza; promete pronto auxilio, y cumple sus compromisos retirándose de los catalanes con el pretexto de que no puede luchar contra los griegos, con quienes su padre se hallaba en amistosa paz. ¡Hijo de rey por fin! Egoísta y pérido como corresponde á los reyes.

Etenza, que en tanto había salido con la armada, hace un desembarco en la Mármora; degüella á la mayor parte de los habitantes, y coge un rico botín. Sigue sus correrías por la Tracia, ejecutando lo mismo, y final-

mente asedia y toma la rica ciudad de Recrea. En vano Andrónico, para contenerle, envía con numerosos ejército al déspota Juan, pues Berenguer le arrolla y le destroza tan completamente, que el emperador griego tuvo que armar precipitadamente al pueblo de Constantinopla por temor de que la tomara el vencedor.

No pensó en esto Berenguer; por el contrario, se retiró á sus naves, llenas de gloria y de ricos despojos; empero la traición eclipsó su estrella en los mares, y le arrebató el fruto de sus hazañas. Eduardo Oría, almirante genovés, que navegaba con diez y seis galeras por las mismas aguas que Berenguer, se le echó encima de repente, y cuando este se aprestaba para el combate creyendo una armada turca á las galeras genovesas, Oría manifestó quiénes eran, hizo mil protestas amistosas al primero, y le engañó de tal modo, que le hizo pasar con los mejores oficiales á bordo de la capitana genovesa, donde les obsequió con un espléndido banquete y lecho cómodo para reposar después del festín; pero cuando Etenza despertó, ¿cuál no sería su asombro al hallarse prisionero con todos los que le acompañaban y sus naves en poder de los genoveses, ó combatiendo desesperadamente y sin elementos de triunfo?

Efectivamente; los genoveses, que no habían olvidado las escenas de Constantinopla, y que además sabían la rica presa que Berenguer llevaba en sus naves, tanto por codicia como por espíritu de venganza, buscaron las naves catalanas, y no atreviéndose á combatir las á pesar de su superioridad numérica, por la posición que había tomado Berenguer al abrigo de tierra, y de un modo que no le pudiera acometer toda la escuadra de una vez, usaron de la perfidia y lograron su objeto; pues abandonada la posición por las naves catalanas, mezcladas con estas las genovesas, sin capitanes y confiadas como entre amigos, pudieron ser abordadas por sorpresa, quedando prisioneras cuatro de las cinco galeras que componían la escuadra, y la quinta después de un combate desesperado, en que pereció toda su tripulación.

Con Berenguer, los prisioneros y las naves tomadas hicieron rumbo para Constantinopla, en donde Andrónico ofreció veinte ó veinticinco mil ducados porque le entregaran á Etenza; pero fué tan inútil como la proposición de cinco mil que hizo Montaner en nombre de los almogóbares para que le pusieran en libertad. Al primero no le complacieron, á pesar de su brillante oferta, por temor del rey de Aragón, cuyo vasallo era Etenza, y del rey de Sicilia, que le debía mil favores y le apreciaba en mucho; y al segundo le desairaron por la insignificancia del rescate, y por temor de la venganza que el mismo Etenza pudiera tomar de los genoveses, una vez rescatado.

Empero Andrónico, ya que no consiguió la entrega de Berenguer, recabó el auxilio de los genoveses mediante una cantidad crecida. Fatal hubiera sido el pacto para catalanes y aragoneses, por el daño que hubieran recibido en Galipoli de unas tropas más disciplinadas y más hábiles que las griegas; pero afortunadamente no se llevó á cabo, por haber satisfecho Andrónico el pago de la suma estipulada en moneda falsa, como hizo antes con los almogóbares.

ULIANO VERGES.

(Se continuará.)

DOS MARTIRES.

A la memoria de los desgraciados Leon Copeiro y Manuel Barroso, fusilados en Palencia el año 1867 (1).

¡Mengua, desdoro y baldon
y luto, miseria y llanto
manchaban el régio manto
de la española nación!
Solo turbaba el cañon
el silencio de sus penas
cuando las férreas cadenas
queriendo romper sus manos,
salpicaba á sus tiranos
con la sangre de sus venas.

Presá de séres inmundos
era la patria valiente
que ciñó un día á su frente
la corona de dos mundos.
Al pié de abismos profundos
vió infamada su memoria
y oscurecida su historia
la nación, que en paz ó en guerra,
tuvo que ensanchar la tierra
para contener su gloria!

¡Ludibrio de vil canalla
el pueblo, que por sí solo
desde un polo al otro polo
no halló á su carrera valla...!
¡De esta nación que la malla
vistió en refidas acciones,
hicieron los campeones
de las viejas majestades
tálamo de liviandades
y palenque de ambiciones!

¡Cómo sufrir la mancella
sus hijos de tal afrenta
si el ejemplo les alienta
de Lanuza y de Padilla!
¡Pero ¡ay! que tan pronto brilla
el rayo que la ira lanza,
vuelve á nublar la esperanza
del cañon el estampido
y ruge ensobrecido
el génio de la venganza!

Años ha que en estos lares
se oyó con espanto horrendo
el funestísimo estruendo
de las cajas militares.
Sobre enlutados altares
adornados con crespones
pálida luz de blandones
triste como la agonía,
de rojo color tefía
los oscuros paredones.

Era que el tigre sediento
de noble sangre biazarra
iba á sepultar su garra
en un cadáver sangriento.

Era que el triste momento
voia con ansiedad
en que al grito de ¡piedad!
de dos madres doloridas
daban dos héroes sus vidas
por la patria libertad!

Y el horroroso estampido
que abrió sus fúnebres lechos,
resonó en todos los pechos
con melancólico ruido.
¡Aun está el suelo teñido
con la sangre de los dos!
Mas del asesino en pos
va para eterna memoria
el oprobio de la historia
¡y la maldición de Dios!

¡Victimas del despotismo!
¡Mártires de eterna fama,
á quienes el mundo aclama
por vuestro noble heroismo!
¡Ejemplos de patriotismo
de valor y de entereza
que con bizarra fiera
disteis el cuello al verdugo
antes que inclinar al yugo
del tirano la cabeza!

¡Bravos Copeiro y Barroso,
victimas de horrible saña
quando envilecía á España
de un tirano el yugo odioso!
Hoy á otro yugo odioso
los viles prostan alientos;
pero de razon exantos
no ven, cuando el rayo zumba,
¡que ha de servirles de tumba
la fosa de sus cimientos!

JOSÉ ESTRASÍ.

APUNTES HISTÓRICOS

SOBRE LAS SIETE PARTIDAS DE D. ALFONSO EL SABIO.

(Continuación.)

III.

Este código se halla dividido en siete partidas; cada partida se subdivide en títulos, y estos en leyes.

A D. Alfonso pareció de buen agüero el número *siete*, adoptado en esta division del código y en su prólogo enumera infinidad de cosas que se cuentan en número de *siete*, tales son: Que Jacob sirvió á su suegro *siete* años para alcanzar la mano de su hija Raquel, y después habiéndole dado á Lia le sirvió otros *siete*: Los *siete* años de abundancia y *siete* de esterilidad que sobrevinieron en Egipto á los sueños del rey Faraon, en los que figuraban *siete* espigas y *siete* vacas; En los *siete* ramos de que se componía el candelero de oro puesto por Moisés en el Tabernáculo; En los *siete* dones del Espíritu Santo; En los *siete* gozos de la Virgen; En

(1) Leida por su autor en Palencia el día de tan triste aniversario.

los *siete* Sacramentos de la Iglesia: En las *siete* peticiones que comprende la oracion del Padre nuestro: En las *siete* divisiones que hizo Aristóteles de las criaturas: En las *siete* estrellas de que hablaron los antiguos astrónomos, situadas en los *siete* cielos, las cuales les sirvieron

para ordenar los *siete* dias de la semana: En las *siete* maneras que tienen de moverse las cosas naturales, etc., «ende por todas estas razones que muestran muchos bienes que por este cuento son partidos, partimos (dice) este libro en siete partes.»



JURAMENTO DE D. FERNANDO IV EN LAS CORTES DE VALLADOLID (CUADRO DEL SR. GISEBERT).

IV.

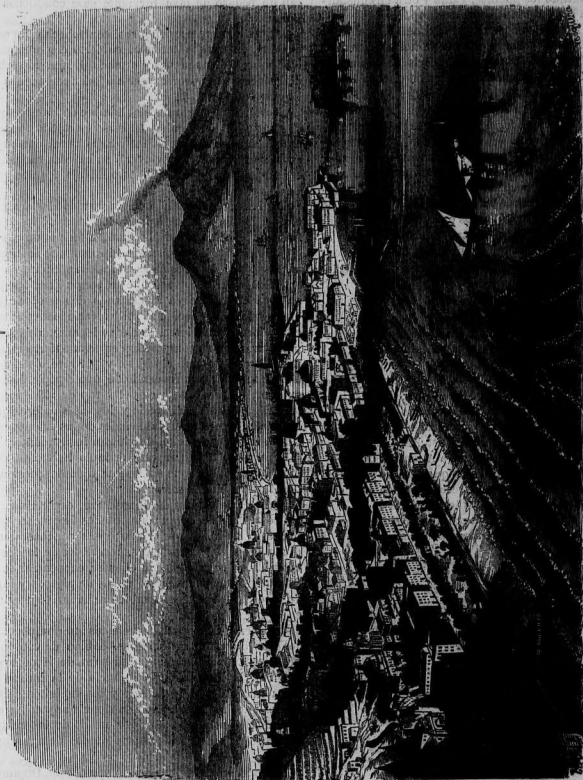
Unos atribuyen su formacion al rey Fernando III el Santo, padre de D. Alfonso, siguiendo la crónica, que hablando de este asunto lo hace en los siguientes tér-

minos: «El rei D. Fernando habia comenzado á facer los libros de Las Partidas, y este D. Alfonso su fijo hizolas acabar e mandó que todos los homes de sus reinos las hoviesen por ley é por fuero, é los alcaldes que judgassen por ellas los pleitos.»

Lo que hizo en verdad San Fernando fué manifestar

á su hijo el deseo de que se formase esta obra, como así nos lo indica el último en una cláusula de su prólogo; pero de ahí á que fuera su autor hay una diferencia notable. La crónica, por lo tanto, afirma un error fácil

de desvanecer con las mismas palabras de D. Alfonso, que dice clara y terminantemente en el *Prólogo*: «Este libro fué comenzado á componer et á facer vispera de San Joan Bautista, quatro años et veinte et tres dias an-



VISTA DE LA CIUDAD DE NÁPOLES.

dados del comenzamiento de nuestro reinado;» que corresponde al de 1256. ¿Cómo pudo haber tenido parte en el San Fernando, su padre, que falleció á fines de Mayo de 1252, es decir, cuatro años antes de que se empezara

su formación? La crónica, pues, afirma una inexactitud manifiesta.

Se engañó también el autor de la misma en el segundo extremo del párrafo que hemos trascrito lite-

ralmente: «e mandó que todos los omes de sus reinos las oviesen por ley é por fuero, é los alcaldes que judgassen por ellas los pleitos;» pues asegura D. Alfonso XI en el prólogo de las leyes conocidas con el nombre de *Ordenamiento de Alcalá* que *Las Partidas* no estaban entonces en práctica por no haberse publicado ni haberlas admitido los pueblos, y una y otra circunstancia legítima se requerían para su cumplimiento y observancia. Hé aquí sus palabras: «Primeramente todos los pleitos civiles é criminales é los pleitos e contencias que non se pudiesen librar por las leis deste nuestro libro é por los dichos fueros, mandamos que se libren por las leis contenidas en los libros de *Las Siete Partidas* que el rey D. Alfonso nuestro bisabuelo mandó ordenar, como quier que fasta aquí non se falla que sean publicadas por mandato del rey nin fueron habidas por leis; pero mandámosla requerir, é concertar é emendar en algunas cosas que cumplan; é así concertadas é emendadas, porque fueron sacadas é tomadas de los dichos de los Santos Padres é de los Decretos é dichos de muchos sabios antiguos é fueros é costumbres antiguas de España é ámoslas por nuestras leis.» Hasta aquí el rey D. Alfonso XI, cuya ley se incorporó en las de Toro y es la primera, como tambien la tercera del lib. 2, tit. 1 de la Nueva Recopilación.

V.

Resulta, pues, que D. Alfonso X fué el único legislador de *Las Partidas*, en lo que están de acuerdo D. Rodrigo Sanchez de Arévalo, D. Alonso de Santa María, obispo de Cartagena, Juan Vasco, Alonso García de Matamoros y D. Nicolás Antonio. Este último dice así: «La fama atribuye al tiempo de San Fernando el trabajo de esta coleccion de leyes, pero lo contrario non enseña su título y el concepto comun de los historiadores, no atribuyendo esta alabanza á otro que á Alfonso.»

Si nos quedara alguna duda de que el sabio rey habia compuesto este código, presto seria disipada con solo fijarnos en la colocacion de las letras iniciales de cada una de las siete Partidas, cuya reunion produce el nombre del monarca, en esta forma:

- | | |
|-------------------------------|------------------------------|
| 1.ª Partida: empieza. | » servicio de Dios... |
| 2.ª | » la fe católica... |
| 3.ª | » hizo nuestro Señor... |
| 4.ª | » nos señaladas... |
| 5.ª | » acen entre los hombres... |
| 6.ª | » osadamente dijeron... |
| 7.ª | » livdanza é atrevimiento... |

(Se concluirá.)

JUAN DE D. SOLER.

ESTUDIOS PREHISTÓRICOS

EL HOMBRE FÓSIL.

(Continuación.)

III.

Edad de bronce.

El hombre primitivo, con su estrechez de vida, con su falta de todo, en medio de la miseria es más grande que

el hombre civilizado en medio de la abundancia: el palacio del magnate, ¿qué vale en comparación de la primera choza desahogada construida por el hombre salvaje?

¡Oh! ¡Qué grande es el hombre primitivo encendiendo su hornillo en la tempestad ó robando al volcan un pedazo de lava hirviendo para conducirla á su hogar...

Aquel hombre pequeño, casi contrahecho, de cabeza ovalada, de mirada terrible, cubierto con una piel de leon muerto á sus manos y armado de una tosca hacha de bronce, ¿que terror causaria á las fieras ménos inteligentes que él?

Nosotros nos figuramos al hombre de bronce sintiendo el aguijón del hambre lanzarse en medio de la selva en busca de su alimento, rastrear la fiera, encontrarla, acometerla, vencerla y volver á su caverna cargado con los despojos palpitantes del toro salvaje, á quien acababa de vencer.

La inteligencia es la primera de todas las armas; por ella el hombre vence á los brutos, superiores á él en fuerza y ferocidad; por ella domina todo el mundo.

Que el hombre progresaba visiblemente en esta época nos lo prueba además su industria alfarera; ya no le satisface el grosero vaso que le servia para apagar la sed; ya el arte se va apoderando de sus obras; aquel cieno amasado y cocido al sol ha variado de forma, recibe adornos exteriores, se hace elegante, más fácil de manejar, y en su composicion entra una tierra más fina, más á propósito para el objeto, y por medio del *graffito* ó lápiz mineral está revestido de una especie de barniz exterior; lo que no se ve es el torno de alfarero; todos los fragmentos de alfarería y los vasos enteros que se han hallado conservan las señales de las manos del artífice sin la cooperacion de ningun instrumento.

Vamos á terminar este artículo hablando de los *kjoekkenmoeding*, que en lengua dinamarquesa significa *desperdicios de cocina*.

En ciertos puntos de Dinamarca, especialmente en las costas, existen grandes montones de conchas que no han sido reunidas por el mar; estas conchas, ó mejor dicho despojos de moluscos, son restos de la clase comestible, y mezclados con ellas se encuentran huesos fracturados de mamíferos, restos de pájaros y espinas de peces; muchas veces tambien se hallan objetos fabricados por el hombre.

¿Hubiera nadie pensado que estas inmundicias, abandonadas durante tantos siglos, habian de contener la gran copia de datos que hoy se sacan de ellas para reconstruir la historia en la infancia de la humanidad? Estos inmundos desperdicios y los depósitos de turba son los que han procurado á la ciencia arqueológica los documentos más preciosos, por medio de los cuales se esclarece la tenebrosa historia de los tiempos primitivos.

Existen *kjoekkenmoeding*, además de Dinamarca, en otras varias partes, pero hasta ahora los registrados cuidadosamente han sido los de Dinamarca, y á estos solamente nos referiremos.

Estos montones presentan la forma de un montecillo aplastado, que mide unos 1.000 pies de largo, 150 ó 200 de ancho y unos 10 de espesor; su forma es circular, con

un gran hueco en el centro, lo que hace indicar que allí estaba situada una habitación.

Estos restos se cree pertenecían a la primera edad de la piedra, puesto que rara vez se encuentran en ellos instrumentos de metal, lo que parece indicar su existencia anterior a la del último cataclismo, es decir, al diluvio gris (1).

Cuando se practica un corte de registro en un kjoekkenmoeding, se encuentran sus diferentes capas rellenas de los productos de la época, tanto animales como vegetales; así se ve, por ejemplo, que las capas más bajas contienen restos de pinos, y las superiores de encina, volviendo a cubrirse de pinos en capas desiguales!

Si se examina la edad de estos lechos se escapa al cálculo humano y no se puede fijar seguramente por la ciencia; así se cree, puesto que no es posible que una choza durara tantos millares de siglos, que aquellos restos de árboles son los escombros de las diferentes habitaciones que ocupaban el centro de los kjoekkenmoeding, derribadas y vueltas a construir por sus respectivos habitantes.

La historia de la humanidad, de la cual no conocemos otra cosa que su edad adulta, aparece mucho más larga en su infancia que en su pubertad; nosotros no conocemos al hombre-niño; le hemos conocido en toda la fuerza de su virilidad, y quién sabe, tal vez estamos asistiendo a su decadencia.

Los descubrimientos y adelantos que ha hecho la ciencia en estos últimos cien años centuplican los que hizo en los millares de millares de siglos de la existencia del mundo, y sin embargo es de suponer que el mundo marcha y avanza rápidamente a su decadencia.

El día, que pronto llegará, que el hombre agote los depósitos hulfíferos ó minas de carbon que existen en la capa terciaria de nuestro planeta, ¿se habrá encontrado un agente que venga a sustituirle? Hé aquí un problema de difícil resolución.

El hombre actual, en su deseo de procurar el bien a la humanidad, no repara en los medios que emplea, y destruye lo que no puede crear, sin consideración a la misma humanidad a quien cree servir.

Pero nos separamos del punto objetivo de estos artículos, y debemos terminar el período de la vida del hombre, conocido con el nombre de edad de bronce.

Entre los instrumentos hallados pertenecientes á esta época se hallan muchos que parece indican que el hombre raspaba las pieles con que hacía sus vestidos: estos instrumentos tienen la forma de una gubia de tallista, pero sin ahuecar; con estos, á que se ha dado el nombre de *rascadores*, el hombre raspaba las pieles, y con otros objetos largos, seguidos y agujereados en un extremo, fabricados de hueso ó cuerno de ciervo, debía coserlas y hacerlas adaptarse mejor á sus desnudos miembros: otros instrumentos de hueso también se han encontrado en varios depósitos que parecen alisadores, y

la ciencia cree que con estos groseros aparatos el hombre aplastaba las costuras de las pieles; este procedimiento se usa aun por los esquimales, después de hacer las costuras en las pieles de que se visten.

Para coser las pieles se servirían quizá de los nervios de los animales muertos ó tiras delgadas de las mismas pieles, puesto que no conocían el uso de las plantas textiles.

Para la caza, ya lo hemos dicho, se servirían del arco, y para la pesca de anzuelos fabricados de hueso, ó tal vez del medio más expeditivo de envenenar las aguas: la cal les serviría para este objeto: la fabricación de la cal como la de los metales fué debida á la casualidad, tal vez á la formación del hogar con trozos de mármol, calcinados por el fuego y convertidos en cal: arrojados al agua echan fuera la pesca: ¿necesitaría más un niño para satisfacer su capricho?

Se supone que en esta época el hombre fabricaba sal, y se fundan para ello en la idea de que se hallan restos carbonizados de ciertas plantas marinas que la contienen; pero esta es una suposición, puesto que la sal se obtiene con solo evaporar el agua del mar, y esto lo haría el hombre más de una vez.

Los alimentos en la edad de bronce se componían de carnes y algunos vegetales: no tenía más animal doméstico que el perro y este le servía de alimento: en toda esta edad no se ha encontrado ninguna traza de canibalismo: el hombre se iba dando razón de su valor y no se devoraba; tenía sus provisiones diseminadas por la tierra y á ellas acudía cuando las necesitaba.

La edad de hierro empezó y la civilización dió un gran paso en la humanidad: los hombres de hierro son el eslabon que ata la cadena de la historia con los tiempos primitivos, como veremos en el artículo tercero.

MARIANO LEBRUX.

CUENTOS POPULARES.

Una hija del pueblo.

Cuando las exageraciones toman carta de naturaleza en la región de las ideas, no hay medio de hacerse oír cuando se pretende razonar, y el error, adquiriendo proporciones colosales, se extiende rápidamente por entre la multitud, perturbando las conciencias y conspirando contra el mejor fin de la humanidad.

Pero si bien la lógica de la verdad es en ciertas épocas importante en el terreno de la teoría, para disipar las nieblas del error, la lógica de los hechos es indestructible aun para los más fanáticos y obcecados, que no pueden menos de inclinar la cabeza, si no ante las causas, ante los efectos que esas causas producen, porque mostrándose á todos los ojos, no pueden menos de alumbra todas las inteligencias, de conmover todos los corazones y de rendir todos los ánimos.

Sugiriéndonos estas consideraciones la idea de la emancipación de la mujer, tal como la entienden y predicán algunos cerebros calenturientos, según los cuales la mujer debe tener, en todo, por todo y para todo, los mismos derechos que el hombre. Ampliando más esta idea, si es que esta idea puede ampliarse, dichos *propagandistas* sostienen que la mujer debe y puede de-

(1) Los geólogos dividen cada una de las épocas de la formación de la tierra en varios diluvios, siendo los más notables el diluvio rojo, ó sea el que cubrió la tierra de arena; el diluvio propiamente dicho, ó sea de agua, y el diluvio gris, que fué el último, y que depositó las sustancias calcáreas y cretáceas.

dicarse á las mismas ocupaciones y carreras que el hombre, viniendo á concluir, siendo lógicos consigo mismos, en que la mujer debe confundirse, mejor dicho, perderse en la esfera que el destino ha trazado al hombre.

Para demostrar lo pernicioso de esta teoría, creemos que el mejor medio es presentar á los ojos de sus man-

tenedores con hechos reales y positivos los tristes resultados, los lastimosos efectos que produce la confusión de los dos sexos en las funciones externas de la vida, recayendo todo el mal que resulta de esta extraña amalgama principalmente sobre la mujer.

Sin tener en cuenta para nada la idea de la emanci-



TIPOS DE MADRID.

pacon de la mujer, antes que esta idea se apuntara, y atendiendo solo á la *mejor* explotación de sus intereses, muchos capitalistas europeos han montado fábricas, ya de tejidos, ya de lozas, ya de tabacos, ya de otros infinitos géneros... para que la mujer acudiera á sus talleres á dar impulso á las máquinas y á fomentar la industria, contribuyendo con sus fuerzas físicas, como pudiera hacerlo el hombre, al desarrollo de la producción.

Ya tienen ahí los *emancipadores* de la mujer aceptada, en principio, en teoría y... ¡oh triunfo para ellos! aceptada por los eternos enemigos de la redención humana y de la justicia social.

También hay que conceder, haciendo justicia á cada uno según se merece, que los dichos capitalistas han recurrido á la mujer para el desempeño de ciertos trabajos, porque ésta generalmente se conforma con menos sueldo que el hombre, y porque, como ser débil y perfectamente inofensivo, con raras excepciones, se doblega con más facilidad á las exigencias del fabricante, exigencias que entran rarisimas veces en los límites de la razón.

En una de las más importantes capitales de Andalucía, y cuyo nombre no hace á nuestro propósito, existe una fábrica de tejidos de hilo y algodón, que al de-

cir de las personas más competentes en la materia, es uno de los primeros establecimientos en su género, no ya de España, si que también de Europa.

En dicha fábrica trabajan, según cálculo aproximado, de mil á mil quinientas personas, y también se calcula que más de las dos terceras partes de ese personal son mujeres: mujeres que, según la teoría que venimos combatiendo, han realizado su emancipación *en cierto modo*, puesto que disfrutaron, como los hombres, de los *beneficios* del trabajo.

Una rápida ojeada por los extensos salones de *aquel* establecimiento nos será suficiente para dar una idea á nuestros lectores del *ideal* que realiza la mujer al salirse de su esfera en cualquier sentido.

Nos fijaremos especialmente en el gremio de tejedoras de la mencionada fábrica.

La tejedora tiene á su cargo uno ó dos telares, según que es oficiala ó maestra: su trabajo es retribuido, no según las horas que trabaja, sino en relación á las varas que teje, y eso es lo que técnicamente se llama *estajo*.

Para cada treinta y tantos telares hay un celador, bajo cuyas órdenes están las operarias que los ocupan, y por cuya mano han de pasar los géneros antes y después de su elaboración, debiendo entender que estos celadores pueden favorecer ó perjudicar á las trabajadoras según lo tengan por conveniente, pues en la bondad ó maldad del género antes de labrado y en la revisión y medicion del mismo después de tejidas las piezas pueden cometer cuantos abusos quieran, sin que por ellos tengan la menor responsabilidad material para con el propietario.

Explicando esta idea con más claridad, diremos que, según la mayor ó menor simpatía ó antipatía que el celador tenga con la tejedora, así es de bueno ó malo el género que la entrega para la fabricación, y de igual manera procede en la revisión y medicion de las piezas tejidas.

Partiendo de esta idea, y teniendo en cuenta la condicion é ilustracion de la mujer, que desde los primeros años de su vida ó de su juventud se ha sepultado en uno de esos talleres, calcúlense la serie de abusos que el tal celador cometerá á la sombra de su cargo, y calcúlense también los infinitos males que saldrán á la superficie de la sociedad de *aquella* inagotable fuente de corrupcion y de inmoralidad.

Recordamos y recordaremos siempre con dolor una época de nuestra vida pasada en medio de aquel pantano cenagoso, viendo, sin poder evitarlo, hundirse en el abismo del vicio y de la prostitucion á más de una hermosa criatura, que, fuera de aquel constante peligro, hubiera sido útil á la sociedad, como excelente hija, como buena esposa, ó como virtuosa madre.

También recordamos con alegría la salida de *aquel* establecimiento de algunas jóvenes, pocas, en verdad! que, no queriendo prestarse á las exigencias de sus superiores, los cuales se vengaban de ellas en el trabajo de la manera que arriba indicamos, preferían la miseria y aun la muerte á la deshonra, abandonando con horror aquel lugar de perdicion y de ruina.

[Hasta la honra tiene mártires en esta sociedad!]

El martirio siempre tiene su recompensa. Cuando la sociedad no es capaz de apreciarlo, basta la satisfaccion de la propia conciencia.

El por qué *sucumben* las más y se *salvan* las ménos en esa clase de establecimientos, no hay que preguntarlo ni achacarlo tampoco á la carencia de virtudes en las últimas escalas sociales. *Todo eso* es la triste consecuencia de la viciosa organizacion que nos rige, dentro de la cual el pobre, ya pertenecía á un sexo, ya al otro, es siempre la víctima, el blanco de todos los tiros que parten de *arriba*, teniendo que resistir, cual árbol abandonado en medio del desierto, al huracan de todas las injusticias humanas.

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

(Se continuará.)

JURAMENTO DE D. FERNANDO IV

(EL EMPLAZADO)

EN LAS CÔRTESES DE VALLADOLID.

Representa este magnífico cuadro el momento de la jura de D. Fernando el *Emplazado*, de aquel desdichado monarca, que tiempo después había de hacerse célebre por la causa de los hermanos *Carvajales*, al que presenta ante las Córtes, reunidas en Valladolid, su madre y regenta, la famosa doña María de Molina.

Aparecía ya entonces el elemento democrático representado por las Córtes, fórmula primera de la autonomia popular, sus procuradores llegaban ante las gradas del sôlo y miraban frente á frente á los monarcas, y los municipios formaban parte de los Estamentos.

Por aquel tiempo los ambiciosos infantes D. Alfonso y D. Juan, que en el cuadro aparecen y se destacan como figuras principales, tíos de D. Fernando, aspiraban al mando so color de tutela, y después de atraerse gran número de villas y concejos, lograron que Valladolid cerrara las puertas á doña María, provocando un sangriento combate.

Aunque es dudoso que el pequeño D. Fernando fuese jurado en las Córtes de Valladolid (vispera de San Juan de 1295), es indudable que su madre doña María invocó el auxilio de los tres brazos contra los turbulentos nobles y sus escandalosas pretensiones.

Muchos obispos y procuradores se colocaron resueltamente al lado de doña María.

El distinguido escritor, Sr. Roca de Togores, escribió un drama, que obtuvo un grande éxito, con el título de *Doña María de Molina*. En esta obra, y de acuerdo con el carácter de la época, presentó un perfecto retrato de nuestros altivos castellanos en el procurador Alonso, en cuyos labios puso aquellos célebres y conocidos versos dirigidos á los infantes y á los nobles:

Que no quieren los villanos
ni el vino del Sacramento,
si viene de vuestras manos.

Emplazado D. Fernando por los hermanos Carvajales, á los que hizo arrojar sin forma de proceso ni defensa desde la peña de Martos, falleció dentro del término de los treinta días, á los 24 años de edad (1312).

REVISTA GENERAL.

En uno de nuestros últimos números ofrecimos probar al señor Ruiz Zorrilla, con datos irrefutables, que el gobierno, y muy especialmente S. E., influían directamente en las elecciones; ha negado el momento de cumplir aquella solemne promesa, y llamamos la atención de nuestros ilustrados lectores acerca de la siguiente interesante carta:

«Sr. D.:

«Mi querido amigo: D. Rafael Rodríguez Moya, que es uno de nuestros amigos, honrado y probo liberal, han acordado los individuos del comité de Puente el Arzobispo presentarle diputado por dicho punto, y espero que influya para lo que hegen de su parte los señores duque de Frías y D. José Murza y Malpica, si es que Vd. tiene relaciones de amistad con dichas casas.—Suyo afectuoso, Ruiz Zorrilla.—Madrid 1.º de Agosto de 1872.»

[Señor presidente del Consejo, la conducta de V. E. es inmoral y anti democrática [Señores benévotos, cándidos, que creáis en la libertad y en la legalidad de estas elecciones, ¿estéis en esqueleto al primer encargado de cumplirla? ¡Eche-Home!

Y por si alguien du' de nuestras palabras y aun no cree suficiente prueba la carta que hemos trascribio, sepa que en la provincia de Bilbao se han disuelto la mayoría de los ayuntamientos por un procedimiento tan irregular como escandaloso, el cual consiste en presentarse una columna en el pueblo, llamar al alcalde y amenazarle con destituir y prender al ayuntamiento, por haber, dice el jefe, favorecido á los carlistas; el alcalde se asusta y jura y perjura que el hecho no es cierto; una ilusión: el jefe lo sabe y no hay más que hablar; el alcalde pregunta: ¿no hay modo de arreglar el asunto, y entonces el jefe, echándose de genorero, le promete arreglarlo si el ayuntamiento hace dimisión.

¿No es verdad que el procedimiento es verdaderamente radical? En otros puntos, donde la insurrección carlista no proporcionaba ese medio, se ha apelado á la destitución lisa y llanamente; así se ha hecho en Dénia, Callosa de Ensarriá y Benidorm (Alicante), no sin antes suspender la comisión permanente de la Diputación, varios jueces municipales y declarar cesantes á multitud de empleados.

En Asturias han sido suspendidos los ayuntamientos de Saláu y Vega de Radeo; en Mérida separada la mayoría de la Diputación y destituidos el ayuntamiento de Jumilla y varios empleados, y como correlario á tanta ilegalidad se han enviado á ciertos pueblos *delegados especiales*. ¡Nos parece que pedir más sería gollería!

El precipitado é imprevisto viaje de doña María Victoria á Madrid ha perdido gran parte de su importancia, si bien no falta quien cree que, por consecuencia de él, la política tomará un nuevo giro.

Por más que los diarios situacioneros quisieron extraviar la opinión, diciendo que doña Victoria había venido tan solo á cumplir con sus deberes *espirituales* en la iglesia de Jesús, nadie se tragó el anzuelo por ser demasiado gordo; pues es lo natural y cualquiera comprende que, así por reina como por señora, no era ella quien debía venir, sino el padre quien debía ir allá.

Lo cierto es que su viaje alarmó profundamente á los radicales; que al instante se reunió el Consejo de ministros, que duró más de cuatro horas; que doña Victoria, al decir de los que parecen mejor informados, no volvió al Escorial sin llevar la seguridad de la próxima vuelta de su esposo, y que desde entonces se oye resonar con más fuerza que antes la palabra *crisis*.

D. Amadeo ha salido de San Sebastian para Bilbao, y el gobernador, por no ser menos que sus colegas, ha dirigido al gobierno el *consabido* telegrama:

«A su paso arrojaba desde los balcones coronas y flores...»

Algo más vale esto que decir, como dijo el gobernador de San Sebastian, que toda la ciudad estaba *colgada*; nosotros creemos, con permiso de este luncionario, que San Sebastian no está *colgada*, sino asentada sobre sólidos cimientos; estos radicales son el diantre; el mejor día nos dicen que el mal pasó su carrera para contemplar á D. Amadeo, ó que el mal abstrajo su centro para seguir al duque de Aosta como un manso corderillo.

[Radical, sinónimo de tonto!

Dice el gobernador de Bilbao:

«El rey ha sido aclamado con gran entusiasmo é inequívocas muestras de respetuoso afecto.»

¿En qué quedamos? ¿Ha sido recibido con muestras de respeto ó aclamado con entusiasmo?

Sepamos á qué atenemos, porque francamente, señor gobernador, nosotros creemos con el poeta que lo que es *Teodoro* no es *Paulino*.

¡Apostamos un número de *El Imparcial* contra un *pie* á don Amadeo, á que más oportuna hubiera sido la visita del antiguo duque de Aosta á la siempre invicta Bilbao cuando los carlistas la tenían sitiada, que no ahora en tiempo de baños, de músicas y de jaleos...!

Es decir... nos parece á nosotros.

De las ridículas farsas de los radicales pasamos á ocuparnos de las sangrientas mentiras; nos referimos á la cuestión de Gula. Segun noticias recibidas, la columna del coronel Huerta fué sorprendida en uno de los últimos encuentros, siendo muerto aquel bizorro jefe y copadas dos compañías de nuestros bravos soldados.

Semejante modo de engañar al país y de arruinar á España merece un pronto correctivo; el gobierno debe saber que habla á españoles honrados y valerosos, á los hijos de los héroicos defensores de Gerona y Zaragoza, y tiene, por lo tanto, el imprescindible deber de decirnos la verdad, toda la verdad; si triunfamos, para regocijarnos en el triunfo, y si somos vencidos, para avivar nuestro patriotismo y buscar el apoyo de todos los verdaderos amantes del derecho, de la libertad y de la patria.

Segun *La Competente*, ayer ingresó en las prisiones militares de San Francisco un nortio-americano, al parecer de profesión ingeniero, que fué preso en San Sebastian, y á quien se le cree como picado en la causa de la calle del Arenal.

Pero, señor, ¿no podremos saber lo que pasa en esta *ocura* causa? Lo decimos porque el *Memorial diplomático*, periódico francés, asegura, que el crimen de la calle del Arenal ha sido una extragema de la policía, segun cartas y viajeros de Madrid.

A lo que un periódico español añade: ¡Quién sabe!

Adelante y siga la farsa.

Nuestro querido amigo y colaborador Ignacio Sastre, tan indignamente calumniado por algunos políticos de pacotilla y por ciertos benévotos, nos ha dirigido la siguiente carta, que insertamos con el mayor placer:

«Querido Solís: Después de NUEVE MESES que me presenté á OPUSCULOS, en las que obtuve el n.º 4, para ganar una plaza de 6.000 REALES ANUALES en el cuerpo pericial de aduanas de Ultramar, he recibido la credencial que tan legítimamente ganó. La credencial es de los mismos 6.000 REALES que GANE, ni más ni menos. Después de esto, conven conmigo en que si me he vendido, me he vendido muy barato.

No obstante, algunos periódicos me murmuran. ¡Cómo ha de ser!

Te quiero de corazón tu siempre amigo y correligionario, Ignacio.»

Se habla de que D. Amadeo continuará el viaje hasta visitar algunos puertos de Galicia. Pero, señor, estos radicales son crueles. ¡Hasta cuándo piensan tener alejado á D. Amadeo de su esposa? Y aun se extrañarán de que doña Victoria los califique de CHUSMA.

Tenemos el sentimiento de participar á nuestros lectores el fallecimiento de nuestro correligionario el distinguido republicano aragonés Juan Pablo Soler.

Los diputados de la izquierda de la Cámara francesa se reunieron el día 3 en el salón del Juego de Pelota, y votaron un *Manifesto* al país, demostrando que los seis departamentos ocupados están próximos á verse libres, que el empréstito se ha cubierto doce veces, y que se ha restablecido la actividad industrial, reduciendo á la impotencia á los monárquicos.

Hablando de la disolución dicen:

«Es de esperar que la Asamblea aprecie el inmenso cambio verificado desde su elección en las ideas y las cosas, juzgue que su misión está terminada, y comprenda que ha llegado el momento de poner la República en manos de una nueva Asamblea, que tenga por objeto desarrollar y fortalecer la obra de nuestra redención y regeneración.»

E. RODRIGUEZ-SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1872.—Imp. de R. LABRAGA, calle de la Cabeza, 27.